

HUGO LINDO

UN HUMANISTA AMERICANO:
DON FRANCISCO GAVIDIA

Fuera del itmo centroamericano, en donde el nombre de Francisco Gavidia es ampliamente conocido y hondamente amado, pocos saben quién fue este varón de letras, merecedor, por mil títulos, del aprecio y la gratitud americanos. Eso nos ha movido a escribir el presente artículo que, si nuestros deseos se cumplen, servirá para promover un conocimiento más generalizado de su figura. La historia del modernismo literario —el nombre mismo de Rubén— no pueden comprenderse con exactitud si se omite el nombre del maestro Gavidia.

El fue el silencioso descubridor de formas y esencias, que había de comunicar al gran Darío los secretos sonoros del alejandrino francés, las escondidas vetas rítmicas del hexámetro griego.

Mas aquí hemos de escribir sólo a título de símbolo y homenaje. Sin pretender que este trabajillo perfile los contornos gigantescos del único hombre a quien mi patria, la República de El Salvador, por acto legislativo, invistiera con el título de “Salvadoreño Meritísimo”. ¡Son tantos los ángulos desde los cuales ha de avizorarse esta montaña! De tal manera son sus veneros profundos y ricos, que una página como ésta, nada puede pretender. Ya se han escrito ensayos densos en torno a Gavidia como historiador, como lingüista, como narrador, como poeta, como humanista, para quien no hubo en la naturaleza, en la vida ni en el hombre, zona indigna de la curiosidad y del estudio.

Varios autores —en cuenta él mismo, y el propio Darío— han referido aquellos días, en que juntos leían en voz alta los versos de Víctor Hugo, desmenuzándolos al oído, a modo de poder captar su arcano melódico.

Un golpeteo isócrono va marcando sobre la mesa de trabajo, analí-

ticamente, cada sílaba, cada acento. Los dedos se detienen un instante en la cesura, dos instantes en la pausa:

Rebruniquerait Nabuchodonossor . . .

Más dejemos que sea el propio maestro quien relate lo acontecido:

"En 1882, después de leer *Los Miserables*, cayó en mis manos un volumen de poesías de Víctor Hugo.

"Yo había oído leer verso francés a franceses de educación esmerada, y, por más que ahincara mi atención, aquéllos no me parecían versos de ningún modo.

"Me parecían prosa distribuida a iguales renglones.

"El misterio no duró mucho tiempo, pues sin maestro ni otro auxilio que mi sensualismo pertinaz por todo ritmo, acerté a descubrir en el interior del verso francés el corazón de la melodía que forjó y creó el genio sabio de Asclepiadeo.

"Feliz con mi personal hallazgo, leí versos franceses para mi gusto y recreo; y los leí a quien quiso oirme, que fueron pocos, entre los estudiantes y compañeros de prensa que eran entonces pimpollos de literatos, médicos y abogados; y los imité, como diré después, en muchas composiciones que están en mi primer volumen, *Versos*, edición de 1881.

"Pero hubo uno que prestó una atención como yo lo deseaba: que me oyó una, y dos y más parrafadas de versos franceses, y un día y otro día; y, finalmente, leyó él a su vez como yo mismo lo hacía.

"Este mi interlocutor era entonces un gran palmino y un gran becqueriano; había leído cien décimas dignas del mismo D. José Joaquín Palma, ante el Congreso de Nicaragua, y llenaba los álbumes con imitaciones de Bécquer.

"Nada había hasta ahí en él de modernista; o, mejor dicho, de francés; éste era Rubén Darío.

"Un día me mostró una resmita de cuartillas, que abultaban de cierto modo jactancioso: era el tiempo y la edad nuestros en que el mayor volumen participaba del mérito de la obra literaria.

"Era un comienzo de poema.

"Estos versos eran una imitación del verso alejandrino francés en pareados castellanos.

"Uno de ellos, que nos llamara la atención en una de nuestras lecturas, porque estaba formado con sólo dos palabras, el verso célebre:

"*Rebruniquerait Nabuchodonossor*

había sido imitado en el poema. Hablando del Huracán en sentido simbólico, el poeta decía:

*¡No le temas, oh yerba, que desconoce el prado,
Temele tú, robusto, monocotiledón!*

"Este conocimiento de un ritmo tuvo la importancia del hallazgo del filón de una mina monstruo."

Gavidia nació, según datos no suficientemente comprobados, el 4 de octubre de 1863. Su cuna fue la ciudad de Cacaotique, en el Departamento de San Miguel.

Comenzó a escribir versos en plena adolescencia. Ya, a los 17 años de edad, sus producciones saltaban los linderos patrios. Era una época clasicista; mejor dicho, neoclásica, inspirada en modelos españoles, por entonces reducidos, por falta de genio, a meras formas retóricas. Los primeros poemas de Gavidia llevan notorias influencias del instante. Mas él no podía quedarse estratificado. No sería la imitación de López Velarde, ni la de Juan de Dios Peza, ni la de Campoamor, lo que pudiera detener sus ímpetus renovadores. Y ya hemos conocido, de su propia pluma, el proceso que tuvo por cuna la ciudad de San Salvador, y que luego prendería triunfalmente en toda América, para repercutir más tarde en la Madre Patria. Gavidia fue, en este sentido, el precursor. Darío, el máximo realizador.

Hombre, como se ha dicho, de múltiples y variadísimas aficiones, no podía dejar de llevar la cosmogonía, la historia y la filosofía —incluso la filosofía política— al cauce de sus versos. Por ello los tiene de toda índole. Siempre, sí, en ellos, el soporte del pensamiento: no la magia pura.

Inmortales serán su canto *A Centroamérica*, su poema al volcán de Izalco, y *La Ofrenda del Brahman*, junto a muchos otros, surgidos de su minerva. Mas hemos citado estos tres, porque pertenecen a distintas corrientes: el primero, filosófico-político; el segundo, estético-geográfico; el último, filosófico-romántico. Toda la gama de las posibilidades. Ningún aferramiento a tópicos.

Como su poema, intitulado *A Centroamérica*, es muy extenso, hemos de conformarnos con presentar de él solamente dos estrofas, las iniciales:

Centroamérica duerme
 Silenciosa e inerme
 El sueño del olvido de los mundos;
 Sus pueblos son estériles llanuras,
 Zarzales infecundos,
 Temerosas y agrestes espesuras
 Que hinche de negra savia el egoísmo
 Por esta selva lúgubre y sombría
 Su horrible paso en las tinieblas guía
 Leñador infernal, el despotismo.

Ved el cuadro, que aviva
 En la conciencia pública extenuada
 El rayo de una lumbre fugitiva;
 Ved extender la historia
 Su acusador legajo.
 ¿Qué veis? El crimen coronado arriba.
 ¿Qué veis? El crimen inconsciente, abajo.
 Los tiranos, la plebe,
 Todos, los oprimidos, los que oprimen,
 Todo pasa y se mueve
 En un sudario fúnebre de nieve
 Que de gotas de sangre siembra el crimen.

La mayor parte de la producción poética del maestro Gavidia, corre por las vertientes épica y dramática. Son muchas las obras de teatro en verso, salidas de su pluma; son también muchos los cantos heroicos, ya de tipo histórico, ya de otra índole, que nos legara su infatigable ejercicio. De su veta lírica propiamente, la más escasa, queremos reproducir completo su poema.

LA OFRENDA DEL BRAHMAN

Poema indostano.

I

Yo era un brahman conocedor del Veda;
 yo me vestía mi ropón de seda,
 y al concurso de santos y de sabios

oía, cual rumor de la arboleda,
toda la inspiración, la ciencia toda,
manar, al escaparse de mis labios,
los versos de Valmiki, en la pagoda.
Yo congelaba el iris,
y al rayar de la aurora,
las nieves eminentes
de los Dawelagiris,
nimbadas de vapores refulgentes,
que hería un soplo de oración sonora,
eran tímpanos cándidos de rimas,
rapsodias profundísimas y extrañas,
con que daban a Brahman, las montañas
gracias por las edades de sus cimas.

II

Oyendo mis cantares y refranes,
acatando mi fe y sabiduría,
en premio dispusieron cierto día,
ofrendarme una virgen los brahmanes.
Y eras tú, mi Aegandyra enamorada,
de dulce y triste y lánguida mirada;
tan atractiva y pálida belleza,
que toda la India te juzgó al extremo
de un esfuerzo supremo
del arte de la Gran Naturaleza.
Y eras mía. Y en medio de oraciones,
Mago solemne, pensador agreste,
hice las misteriosas abluciones
y desceñí tu immaculada veste;
y entonces con ternura
di un beso a tu cintura
fácil cual junco, y adorable y grata,
y se enroscó a las formas de tu talle
un deslumbrante cinturón de plata.

III

Cual fuente que desborda de su lecho,
como hebras del tejido de la noche,
formaban manto misterioso y vago
tus cabellos rodando por tu pecho
con inocente y con sensual halago.
Y en el cuello de nieve, casto y bello,
donoso cual de blanca cervatilla,
posé el labio, apartándote el cabello,
y entonces, luminosa gargantilla
cual sierpe de oro, se anudó a tu cuello.

IV

Nevada e inocente,
cual la espuma más alba de la playa,
admiré la blancura de tu frente,
pura como el carámbano
que corona la sien del Himalaya.

Allí mi labio, que amoroso quema,
dio un beso ingenuo cual la luz del día,
y cuajada de lumbre y pedrería
engarzóse a tu frente una diadema.

V

Te alzó en mis brazos mi efusión sencilla,
y con el más sagrado de los goces,
doblé ante los altares la rodilla,
y pura —así—, te devolví a los dioses.

Hay, como decíamos, multitud de ensayos parciales sobre la obra abundantísima de don Francisco. Sabemos que Cristóbal Humberto Ibarra tiene inédito un libro, en el que fundamentalmente, sostiene que Gavidia no es un mero precursor, sino el iniciador mismo del movimiento modernista, de donde arranca para toda América y aún para

España, la influencia de la lírica francesa. Y de donde arrancan, también, por línea directa, casi todos los movimientos poéticos ulteriores. Obviamente, nosotros no podríamos competir en extensión ni en profundidad. Tampoco queremos trasladar citas, que serían, en este caso, excesivamente numerosas. Relataremos, sí, algunas anécdotas que ponen de relieve facetas de esta riquísima personalidad.

Se han publicado muchas, algunas de las cuales parecen ser preferidas por los escritores. Tal, aquélla de cuando, joven aún, en París, a la vista de una injusticia flagrante, sintiera derrumbarse los más puros principios y manifestara su protesta tirándose a las aguas del Sena. También se ha repetido bastante la otra, de la impulsiva compra de un jarrón de porcelana.

Permítase que, en primera persona, relate diversas ocurrencias del maestro, las cuales, hasta donde se me alcanza, no han sido publicadas nunca. Y lo haré, digo, en primera persona, por una razón obvia: para evitar la afectación, el amaneramiento que pudieran tener relatos de acontecimientos personalmente presenciados, si se expresaran eludiendo la forma más natural.

Era yo un mozalbete estudiante de bachillerato, cuando conocí a Gonzalo de Berceo. Me sedujo. Aquel primitivismo encantador, aquel mester sin afeites, me llegó a la sensibilidad. Y me di entonces a preparar un ensayo sobre el poeta. No sé cuántas noches dediqué a eso, luego de repasar las lecciones de Algebra y las de Historia. Acumulé datos. Agoté las consultas al alcance de mi mano. Tenía la convicción —muy juvenil, por lo demás— de que la mía sería una pieza maestra. Después de mi trabajo, no habría nada que decir en torno a Berceo. Tras mil esfuerzos, cuando lo hube concluido, me dediqué a pulirlo: debía ser ejemplo de corrección y calidad estilística. Luego, lo hice sacar a máquina en buen papel, en el mejor que conseguí. Exigí copias nítidas . . . Por fin estuvo todo. Con el orgullo pertinente, lo llevé a la dirección de "La Prensa". Dijeron que lo iban a publicar. Pasaron muchos días, pero al fin apareció en letras de molde, una mañana. Me sentí feliz. Esa misma semana fui a visitar al maestro. Por esa época lo hacía con alguna frecuencia. Allí tenía, anotado con lápiz rojo, mi ensayo sobre Berceo. Se había tomado el trabajo de puntualizar aciertos, errores y vacíos, minuciosamente, ¡frente al hacer pedante de un chiquillo de quince o dieciséis años! . . . Su generosidad intelectual no conocía vallas.

Por aquel mismo tiempo, nos entró a Francisco Monterrosa Gavidia, hoy distinguido médico, nieto del humanista, y a mí, el prurito o la chifladura de tomar lecciones de griego. No sabíamos siquiera los rudimentos del latín. Una aventura, de esas locas, de la edad. Más ¿quién podría darnos las clases, a no ser el maestro? . . . Se lo pedimos, y lo otorgó con benevolencia. Señaló un día para comenzar, y estuvimos puntuales a la cita. Entonces abrió un viejo volumen, escrito en caracteres griegos, y mostrándonoslo, dijo:

Vamos a seguir el método de los paradigmas . . . Ni Francisco Monterrosa ni yo, habíamos escuchado jamás la palabra "paradigmas". El maestro notó nuestro azoro:

— . . . es decir, de los ejemplos . . .

Y nos hizo leer en voz alta, algo así como:

"Telo legein atridas, telo de Cadmos adein . . ."

Su voz, que arrastraba las vocales como en un canto llano, se solazaba ante la música del verso que nosotros no entendíamos:

"Quiero decir de los Atridas . . ."

Fue nuestra primera y última clase de griego. Con nosotros, falló el método de los paradigmas. El humanista era tan sencillo, tan modesto, que trataba a todo el mundo como a su igual; no podía formarse una idea, ni siquiera la más remota, de la amplitud de nuestra ignorancia . . . ¡Lo más natural era comenzar de una vez la lectura de Esopo!

Por esos días, el maestro estaba enamorado de un gran plato de cobre o de bronce —no recuerdo bien— que relucía sobre el desordenado escritorio. Sobre él embrocaba la cabezota recia, cuyos pelos ríspidos se negaban a encanecer. Sobre ella hacía recorrer una y otra vez el índice . . . ¿Qué hacía? . . . Siguiendo así las curvas de los caracteres grabados en el plato, y acompañándose de textos numerosos y de dibujos personales, trataba, por sí solo, de aprender otra lengua. Aquellos eran caracteres árabes. Y nada podía haber que no suscitase su curiosidad. Para esa época, el maestro estaba ya en la edad en que normalmente los hombres no hacen sino esperar con pasividad . . .

Ya cerca del final de su vida, tuvo una de tantas gravedades. "El maestro se nos muere", decíamos todos. Y yo pensé en la historia de nuestras letras. ¿Cómo hacer para que nuestros hijos y nietos lo conocieran moviéndose, lo escucharan hablar? . . . Me dirigí de inmediato al entonces Ministro de Cultura Popular, Dr. Reynaldo Galindo Pohl, y le planté una iniciativa. El accedió sin vacilar: puso a mi disposi-

ción al cinematografista del Ministerio, y, con él, y con la grata compañía de Trigueros de León, llegamos a casa del maestro. Trigueros de León y yo, llevábamos nuestras cámaras fotográficas. ¡Mal momento el de nuestro arribo! El patriarca estaba exhausto, no podía ver a nadie, tenía varios días de no levantarse... La familia, con toda la amabilidad posible e imposible, nos cerraba el acceso. Pero él alcanzó a escuchar. Yo me atreví y entré en la pieza. Pronto el maestro se animó, al ver de qué se trataba. Levantóse en pijama, y se dirigió a su sala de trabajo, contigua al dormitorio. Allí se le tomaron unos metros de película, se le grabó la voz, y Trigueros de León y yo sacamos algunas fotografías —quizá las últimas que se le tomaran—, de las cuales, una, aparece ilustrando la referencia que hace de Gavidia Max Henríquez Ureña en su libro *Breve historia del modernismo*. Ignoro cómo quedarían al fin la película y la grabación en cinta magnetofónica: sería una lástima que lo precario de los elementos técnicos, hubiera echado a perder aquel propósito de conseguir, aun a riesgo de descortesía, un vivo documento histórico para las generaciones venideras. Sí; debo afirmar que aquel rato de esparcimiento, de luces, de charla, reanimó al maestro en grado tal, que a los dos días dejaba el lecho en donde había estado tantos.

Pero algún día, aquella recia humanidad había de pagar su tributo. Fue el 24 de septiembre de 1955, casi a los 92 años de edad, lleno de gloria, de respeto y de cariño. Cargado llegaría al lado de Homero y de Goethe, del Dante y de Andrés Bello, con el peso de los homenajes recibidos. Y como "honrar, honra", debe decirse que El Salvador tuvo la honra de saber honrar —a tiempo— a quien de sobra lo merecía.

La última imagen física del maestro Gavidia, nos la dejó el pintor español Valero Lecha (español, sin perjuicio de ser ya nuestro, entrañablemente), al trazar en una hoja de cartulina, con carboncillo, las líneas de la eternidad perfiladas en el rostro severo.